

GIBELLO BRAVO, Víctor M.

El poblamiento islámico en Extremadura. Territorio, asentamientos e itinerarios.

Agencia Extremeña de la Vivienda, Urbanismo y Territorio (Junta de Extremadura).

Mérida, 2008, 409 pp.

A menudo se tilda a Extremadura, dentro del conjunto de las regiones españolas, como «la gran desconocida». Esa adjetivación, además de geográfica, puede juzgarse también como histórica, ya que hay diversas etapas sobre las cuales se cierne el desconocimiento, siendo este especialmente patente cuando se emprende el estudio del periodo islámico. Y si esto es así para muchos profesionales de la Historia, cómo no será para un público general, por mucho que suele aludirse a antiguos restos materiales como «de tiempo de moros».

A pesar de semejante asociación de ideas, todavía no se conoce lo suficiente (ni se valora, por supuesto) la herencia musulmana sobre buena parte del territorio. Quien se lance a investigar la Extremadura islámica, de hecho, se hallará ante un área y una época poco trabajadas. Encontrará pocas monografías al respecto, sino que predomina un variado racimo de pequeñas obras localistas y otros artículos que, de paso, tienden a centrarse en las localidades más relevantes de aquellos siglos: Badajoz, Mérida, Cáceres y Trujillo, principalmente. Por otro lado, la ciencia arqueológica no ha solventado esa tendencia, puesto que a menudo sus miras se han encauzado casi en exclusiva hacia los lugares citados con anterioridad.

Ante este difícil panorama, no cabe sino saludar todo esfuerzo encaminado a fomentar el estudio de la Extremadura musulmana. Es en este marco donde hemos de encuadrar el libro del arqueólogo Víctor Gibello, edición no venal publicada en 2007 pero presentada el pasado verano.

A decir verdad, no se trata (o no se advina como su objetivo fundamental) de una exhaustiva obra estrictamente pensada para

especialistas ni tampoco depositaria de novedosos enfoques analíticos. Más bien debe contemplarse como un necesario estado de la cuestión sobre un asunto que ha sido poco abordado y una muy valiosa compilación que pone de relieve el impacto del Islam en Extremadura, así como una primera toma de contacto –orientada también hacia un público más amplio– con la Extremadura musulmana.

Es en las primeras páginas del libro donde el propio autor denuncia las lagunas de conocimiento relativas a este tema, unas lagunas achacables tanto al desinterés de la comunidad historiográfica como al de las instituciones. Cierto es que las fuentes escritas no son precisamente abundantes, lo cual dificulta la labor del historiador; es más que sorprendente el contraste existente entre la estimable cantidad de yacimientos y la escasez de excavaciones de los mismos. Pese a los avances de los últimos años referidos a zonas concretas, todavía hoy restan incógnitas que afectan a la totalidad de la región extremeña: ¿se podrían identificar y cuantificar los distintos pobladores, fuesen muladíes, mozárabes, judíos, bereberes o árabes?, ¿es factible indagar en las relaciones entabladas entre todos ellos?, ¿qué pautas de asentamiento se siguieron a lo largo de cinco largos siglos?, ¿cuál fue el impacto socioeconómico de los diferentes grupos humanos y sus estructuras políticas sobre el territorio?

Sean cuales fueren las respuestas a las anteriores preguntas, ya hemos puesto de manifiesto que las pretensiones de este ensayo tienden a la difusión más que hacia un inquisitivo escudriñamiento. Así se entiende, por ejemplo, que en la introducción se expongan los principios básicos del Islam (una decisión dirigida a derribar barreras mentales y culturales) o se narre la expansión de fe y poder musulmanes, desde sus orígenes en Arabia hasta la conquista de Hispania, si bien para el caso extremeño el relato se limita únicamente a *Laqant* y Mérida y obvia la posterior anexión de otras localidades

regionales en el camino de los invasores hacia Toledo.

Sin embargo, en la primera mitad del libro sí se afronta con solvencia buena parte de las cuestiones arriba citadas. En el primer capítulo, «El territorio y su ocupación histórica», se establece una descripción y periodización de al-Andalus, así como un breve bosquejo de organización territorial, aunque todo ello deba ceñirse al carácter sintético de la obra.

De entrada, subraya la esencia heterogénea de al-Andalus, un ente tan complejo como cambiante al cual compartimenta en varias etapas a tenor del grado de implantación del Islam, aculturación y dominio político sobre tierras y gentes. Remarca, para la primera fase, la continuidad social y económica respecto al mundo visigodo, haciendo especial hincapié en las oligarquías terratenientes y sus cambiantes actitudes con las nuevas estructuras de poder islámicas. Los intereses del autor parecen centrarse en los hechos capitalizados por los rebeldes de Mérida y Badajoz –Asbag b. Wansus e Ibn Marwan–, por lo que otros acontecimientos de relevancia similar (las revueltas de Saqya al-Miknasí o Ibn al-Qitt, la *fitna* de finales del emirato) y evidentes repercusiones son desafortunadamente obviados.

No obstante, el autor sí insiste en la reordenación territorial y política que supuso el establecimiento del califato en la Extremadura musulmana, aunque posponga para páginas posteriores el examen de la configuración del espacio. Antes de ello efectúa un rápido repaso a los imperios norteafricanos, sin apenas detenerse en la influencia de los mismos (sobre todo el almohade) en la región, para luego pasar a los tiempos de reconquista y repoblación. Uno de los grandes aciertos del ensayo radica justamente en este punto, pues queda claro –aunque muchas veces se ignore– que la reconquista arrebató tierras a al-Andalus, pero no forzosamente creyentes al Islam: los mudéjares seguirán viviendo en las diferentes poblaciones (aunque el autor

no se detenga a hablar sobre las morerías), donde legarán un arte cuyo estudio en Extremadura todavía permanece ensombrecido por otras corrientes.

Como hemos avanzado, aspectos como la ocupación y administración del territorio se ven constreñidos por la falta de espacio en este apartado del libro; con todo, los diversos conceptos —*kūra*, *iqḷīm*, *hiṣn*, *qarya*, etcétera— son expuestos con claridad, al igual que la dinámica de poblamiento en el hábitat rural mediante el esquema de *hiṣn-qurā* o la tipificación de Extremadura como una tierra de frontera. Aun así, creemos que quizás no sea del todo correcto definir una *kūra* como una demarcación estática (así se desprende, por ejemplo, de las páginas dedicadas a Trujillo), dada la volubilidad de las circunscripciones andalusíes; tampoco coincidimos con el planteamiento de un *limes* establecido conscientemente por los poderes de al-Andalus —una teoría que está siendo últimamente revisada— para defender unas áreas cuyo poblamiento (a diferencia de lo que indica Gibello) sería débil y mal estructurado. Asimismo, tampoco consideramos que Ambroz, presunto germen musulmán de la actual Plasencia, fuese un asentamiento de entidad urbana y, ni mucho menos, que estuviese al mismo nivel de Coria.

Cabe señalar como positiva, en cambio, la importancia concedida al hábitat rural y su influencia en el territorio, así como a la construcción de fortificaciones y la función de estas: protección de caminos, defensa del espacio circundante, control de tierras y población, etcétera, según dicten las diversas etapas a lo largo de cinco siglos.

Por otro lado, no se puede discutir la huella histórica de los caminos andalusíes —en parte herederos de los romanos— y su importancia a la hora de fomentar el nacimiento y desarrollo de poblaciones. Es por ello por lo que el segundo capítulo se reserva a los itinerarios islámicos en Extremadura, iniciado con unos párrafos sobre los rasgos generales de la red viaria y la articulación

de la misma respecto a ciudades, fortalezas y otras rutas. La parvedad de las fuentes escritas y la ausencia de trabajos sobre el tema (junto a una lógica deformación profesional) motivan que el autor reclame el uso de la Arqueología para facilitar la comprensión del papel jugado por los itinerarios en la cohesión del territorio y sus habitantes, además de su comunicación con el resto de la Península Ibérica.

Pese a que se eche en falta alguna cita de las fuentes escritas para ilustrar mejor las propuestas vertidas, es más que loable la tarea recopilatoria que acomete el autor al enumerar los variados caminos islámicos y rescatar los estudios que desde hace décadas intentan clarificar sus recorridos. Repetimos, todo sea dicho, que el libro se trata de la puesta al día de unos datos dispersos y desiguales; por lo demás, un análisis pormenorizado de las rutas hubiera restado espacio al grueso de la obra.

En efecto, el capítulo más destacado del ensayo es el tercero, «Poblaciones extremeñas con ocupación islámica», en el cual se realiza una exposición sintética de cada lugar y sus principales restos materiales, evitando por lo general la reiterativa descripción de monumentos; así, las concisas notas al pie —reflejo del notable uso de bibliografía y documentación— se disponen como punto de arranque para futuras indagaciones del lector. La ambigüedad del título del apartado se presta a englobar tanto localidades con pasado islámico como otras de fundación posterior y presencia mudéjar (fuese esta por refundación o por repoblación); en este sentido, es de agradecer que incluya a este colectivo en el estudio, ya que el Islam se mantendría en Extremadura hasta siglos después de la Reconquista: se supera así una clasificación histórica en compartimentos estancos y se advierte mejor el proceso de repoblación del territorio.

Obviamente, la atención dispensada a cada enclave será variable. Hay algunos en los cuales el autor sí se detiene, bien por el

conocimiento que tiene sobre ellos –Burguillos, Montemolín, Reina–, bien por la entidad de los mismos (Badajoz, Mérida, Cáceres o Trujillo). Podría dar la sensación, empero, de que la descompensación es evidente, ya que de otras localidades apenas se encuentra una corta reseña, pero ello no es atribuible en modo alguno al autor, sino a la escasez de información disponible.

Junto a otros lugares citados en las fuentes pero apenas estudiados (*al-Balāṭ*, Mojáfar, Santa Cruz), el capítulo rescata del olvido un gran número de yacimientos, muchos de ellos desconocidos para el gran público y aún pendientes de excavación: los casos son abundantes, entre los cuales descuellan plazas como Alija, Castros, Cuncos, El Marco, El Torrico o Espejel. Sin duda, hay que reconocer el mérito de Gibello y aplaudir la reivindicación que hace de la investigación de estos sitios, aunque opte por no valorar la desaparición o el abandono de los mismos; por ejemplo, para ubicar a la perdida *Miknāsa* no se inclina por ningún yacimiento de los tres que recoge (Lacimurga, Villeta de Azuquén o El Castilijillo).

Esta peculiar recuperación de la memoria histórica –o arqueológica, más bien– del hábitat rural se ve empañada por el excesivo espacio otorgado a los núcleos urbanos. Si bien el análisis de la cacereña Ribera del Marco (la mejor muestra vigente en Extremadura de los sistemas de irrigación andalusíes) es apreciable, el énfasis en las páginas de Badajoz, Mérida o Trujillo tal vez contribuya a desviar el interés de la Arqueología de la Extremadura islámica hacia esos puntos y marginar, como hasta ahora, al resto de la región.

Sin embargo, esta última impresión no desmerece el conjunto de la obra, la cual se erige en una muy respetable aportación al estudio del periodo islámico en Extremadura. Es esta una etapa histórica que usualmente no ha gozado ni de atención social ni institucional, ni tampoco de demasiado predicamento entre los historiadores. Por consiguiente, este

trabajo se constituye en una óptima plataforma para reclamar una mayor preocupación de las diferentes administraciones y fijar un punto de partida desde el cual iniciar una serie de excavaciones por toda la geografía regional. Cómo no estar de acuerdo con el autor: solo la colaboración entre Historia y Arqueología permitirá corregir el lamentable vacío de conocimientos en torno a la Extremadura musulmana.

Fernando Díaz Gil